

## II

### *Los sículos*

#### 1. ANTÍOCO DE SIRACUSA, SICELLO Y ROMA

Al contrario de los aborígenes, y en general de las otras gentes que participaron en la etnogénesis latina, los sículos eran un pueblo plenamente histórico en el ámbito itálico. Desde un punto de vista arqueológico, los sículos están documentados en la parte oriental de Sicilia desde los comienzos del I milenio a.C., cuando la fragmentación cultural que marca en Italia el inicio de la edad del hierro prefigura en no escasa medida el mapa de los pueblos históricos. Sin embargo, es muy posible que los sículos no tuvieran en Sicilia su solar originario, sino que en principio estuviesen asentados en el continente, desplazándose hacia la isla a lo largo de los últimos siglos del II milenio<sup>1</sup>. Todavía en época histórica permanecerían algunos núcleos en el sur peninsular, si hemos de creer en ciertas noticias relativas al inicio de la presencia colonial griega<sup>2</sup>. Fueron sículas las gentes que encontraron los griegos cuando fundaron sus primeros asentamientos en Sicilia y todavía en el siglo V conservaban cierto espíritu naciona-

---

<sup>1</sup> M. PALLOTTINO, *Storia della prima Italia*, Milano, 1994, p. 58. En contra, L. BERNABÒ BREA, *Sicilia* (trad. esp.), Barcelona, 1962, p. 151.

<sup>2</sup> Pol., 12.5-6; Polyain., 6.22. El mismo Tucídides (6.2.4) dice que «todavía hay sículos en Italia», que quizá haya que entender en referencia no a la época del historiador sino a la de la colonización. Cf. sin embargo T. J. DUNBABIN, *The Western Greeks*, Oxford, 1948, pp. 40 ss.; F. W. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius*, Oxford, 1967, vol. II, p. 336, quienes suponen un movimiento a la inversa: los sículos se desplazan desde Sicilia al continente.

lista, si bien por completo inmersos en un avanzado e irreversible proceso de helenización. Fue entonces, bajo el caudillaje de Ducetio, cuando los sículos pretendieron vanamente constituir un Estado propio e independiente de los griegos, en especial de la hegemonía de Siracusa<sup>3</sup>.

Las vicisitudes históricas de los sículos aparecen en cierto modo reflejadas en las leyendas. Las más antiguas tradiciones conocidas acerca de su origen les localizan en el sur de la península, desde donde habrían sido empujados por otros pueblos hasta refugiarse en Sicilia. Así lo exponen tres historiadores griegos del siglo V casi contemporáneos, aunque no coinciden entre sí en cuanto a la cronología y otros aspectos. En primer lugar, Antíoco de Siracusa, según el cual los sículos, presionados por enotrios y opicos, fueron arrojados a Sicilia, pero sin precisar claramente la fecha; en otro fragmento, Antíoco menciona a los morgetes como compañeros de los sículos en la *diabasis* a la isla<sup>4</sup>. Por su parte, Tucídides ofrece una versión muy similar a la anterior, pues sin duda se inspiró en Antíoco para elaborar su *archaiologhía* siciliana. En opinión del historiador ateniense, fueron también los opicos los responsables de la migración de los sículos, quienes a su vez, ya en Sicilia, empujaron a los sicanos hacia la parte suroriental de la isla; además, Tucídides proporciona otros detalles que pueden servir para hacerse una idea más completa de la versión de Antíoco, en particular un elemento cronológico sobre la migración, que sitúa unos trescientos años antes de la llegada de los griegos, es decir de la fundación de Naxos<sup>5</sup>. Finalmente también se refiere a este acontecimiento Helánico de Mitilene, quien identifica a los sículos con ausonios expulsados de Italia por los yápigas, siendo su guía y epónimo Sicelo, quien se apoderó de toda la isla; esto sucedió tres generaciones antes de la guerra de Troya<sup>6</sup>. En esta corta lista no puede faltar Filisto de Siracusa, aunque sea posterior a los tres mencionados. Según su versión, los sículos eran ligures expulsados de su patria por umbros y pelasgos y conducidos

<sup>3</sup> Sobre los movimientos independentistas sículos, pueden verse D. ADAMESTEANU, «L'ellenizzazione della Sicilia e il momento di Ducetio», *Kokalos*, 8, 1962, 167-197; F. P. RIZZO, *La Repubblica di Siracusa nel momento di Ducetio*, Palermo, 1970; G. MADDOLI, «Ducezio e la fondazione di Calatte», *AFLPer*, 1, 1977/78, 151-156; E. C. GASTALDI, «IG I<sup>3</sup> 228: Atene, Siracusa e i Siculi», en *Hesperia*, 5, Roma, 1995, 145-162.

<sup>4</sup> Antíoco, *FGH* 555F4 (= Dion., 1.22.5); 555F9 (= Str., 6.1.6 [C. 257]).

<sup>5</sup> Thuc., 6.2.

<sup>6</sup> Helánico, *FGH* 4F79a-b (= Steph. Byz., 566-567M, s.v. Σικελία; Dion., 1.22.3).

por Sicelo, hijo de Italo, penetraron en Sicilia ochenta años antes de la guerra de Troya<sup>7</sup>.

Este origen de los sículos determinó su presencia en otras regiones de la península además de las meridionales. Sin embargo, la distribución es muy selectiva, pues de hecho se restringe a dos áreas, el Adriático septentrional y el Lacio, si bien no en idénticas condiciones en una y en otra. Respecto a la primera, los sículos figuran junto a los liburnios en la lista que ofrece Plinio sobre la evolución del poblamiento en la *VI regio* de Italia, con especial referencia a la zona costera incluyendo la del Piceno. Sículos y liburnios representan la capa más antigua, pues fueron expulsados por los umbros, estos por los etruscos y estos últimos a su vez por los galos; inmediatamente antes, el naturalista romano recoge la noticia según la cual las ciudades picenas de Numana y Ancona habían sido fundaciones sículas<sup>8</sup>. No creo que pueda verse aquí el recuerdo de un lejano acontecimiento histórico, la presencia de sículos en el noreste de la península en época pre- o protohistórica<sup>9</sup>. Por el contrario, todo sugiere que esta relación de los sículos con el Adriático es producto de las especulaciones vinculadas a los intereses políticos y estratégicos desarrollados en estas regiones por Dionisio I de Siracusa, como parece deducirse entre otros hechos de la mención de los liburnios, habitantes de la costa oriental del Adriático inmersos en la perspectiva del tirano siciliano<sup>10</sup>. En definitiva, estas leyendas se remiten al mismo

<sup>7</sup> Filisto, *FGH* 556F46 (= Dion., 1.22.4). Acerca de todas estas tradiciones relativas a la *diabasis* de los sículos, entre otros, E. MANNI, «Sicelo e l'origine dei Siculi», *Kokalos*, 3, 1957, 156-164; F. JACOBY, *FGH. Kommentar IIIb*, Leiden, 1969, pp. 488 ss.; J. BÉRARD, *La Magna Grecia* (trad. ital.), Torino, 1963, pp. 443 ss.; L. MOSCATI CASTELNUOVO, «Sul rapporto storiografico tra Antioco di Siracusa e Strabone (nota a Strab. VI 1, 6, C. 257)», en *Studi C. Gatti*, Milano, 1987, 237-249; N. LURAGHI, «Ricerche sull'archeologia italica di Antioco di Siracusa», en *Hesperia*. 1, Roma, 1991, pp. 66 ss.; G. VANOTTI, «L'archaio-loghia siciliana di Filisto», en *Hesperia*. 3, Roma, 1993, pp. 116 ss.; M. LOMBARDO, «Italo in Aristotele e Antioco: problemi di cronologia mitica», en *Ἱστορίη. Studi G. Nenci*, Lecce, 1994, pp. 269 ss. Un amplio y reciente tratamiento sobre estas cuestiones se encuentra en R. SAMMARTANO, *Origines gentium Siciliae. Ellanico, Antioco, Tucidide*, Roma, 1998, esp. pp. 86 ss., 143 ss., 246 ss.

<sup>8</sup> Plin., *Nat. Hist.*, 3.112. Sobre Numana y Ancona: Plin., *Nat. Hist.*, 3.111. A Ancona como fundación sícula se refiere asimismo Solin., 2.10.

<sup>9</sup> Cf. recientemente P. ANELLO, «La colonizzazione siracusana in Adriatico», en *La Dalmazia e l'altra sponda*, Firenze, 1999, p. 137, con referencias bibliográficas.

<sup>10</sup> E. WIKÉN, *Die Kunde der Hellenen von dem Lande und den Völkern den Apenninhalbinsel bis 300 v. Chr.*, Lund, 1937, p. 81; G. COLONNA, «La Romagna fra Etruschi, Umbri,

ambiente de Filisto y su versión sobre el origen septentrional de los sículos, cuyo escenario geográfico necesariamente hay que localizar en el Adriático.

Por lo que se refiere al Lacio, los sículos interpretan asimismo un papel de no escasa importancia, hasta el punto de llegar a competir con los aborígenes por la condición de autóctonos. Pero en cualquier caso, su presencia entre las poblaciones primitivas de la región acabó siendo un hecho admitido de forma general, figurando en casi todas las listas sobre la etnogénesis latina. A partir del Lacio, los sículos son también mencionados en referencia a otras regiones y pueblos vecinos. Así, un fragmento de Fabio Pictor parece otorgar a los volscos un origen sículo, si bien el texto se encuentra muy corrupto como para concederle absoluta credibilidad<sup>11</sup>. También habrían sido sículos los habitantes de la Sabina, expulsados por el héroe lacedemonio Sabo, epónimo del pueblo sabino, según se lee en un fragmento de Julio Higino<sup>12</sup>. Una relación entre sículos y sabinos se observa asimismo en una tradición reciente que habla de tres hermanos, Italo, Sabino y Sicano, epónimos de ítalos, sabinos y sicanos o sículos respectivamente<sup>13</sup>. Por último, Dionisio habla de una presencia sícula en el país de los faliscos, en concreto en Falerii y Fescennium, y en algunas ciudades de la costa etrusca, que habría sido borrada de esos lugares por la acción conjunta de aborígenes y pelasgos. Es sin duda una noticia extraña, no recogida por otras fuentes, que parece una invención de Dionisio en el complejo cuadro que ofrece sobre la expansión de los pelasgos en tierras de Etruria<sup>14</sup>.

---

Pelasgi», en *La Romagna fra VI e IV secolo*, Bologna, 1985, pp. 57 ss.; G. VANOTTI, «L'archaiologia siciliana di Filisto», pp. 181 ss.; A. COPPOLA, «Ancora su Celti, Iperborei e propaganda siracusana», en *Hespeia*, 2, Roma, 1991, 103-106; EADEM, *Archaiologia e propaganda*, Roma, 1995, p. 94. Cf. sin embargo D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, Roma, 1984, p. 86.

<sup>11</sup> Fabio Pictor, fr. 2 P = fr. 22 Ch (= Isid., *Etym.*, 4.7.34). En un sentido positivo se manifiestan O. SKUTSCH, «Volsculus», *RhM*, 98, 1955, p. 96 (= *Studia Enniana*, London, 1968, p. 143); D. BRIQUEL, *L'origine lydienne des Étrusques*, Roma, 1991, pp. 496 ss., n. 21. Véase no obstante D. MUSTI, «L'immagine dei Volsci nella storiografia antica», en *I Volsci* (QuadAEI 20), Roma, 1992, pp. 26 ss.

<sup>12</sup> Hyg., fr. 9 P (= Serv. autc., *Aen.*, 8.638). Sobre este pasaje, J. POU CET, «Les origines mythiques des Sabins», en *Études Étrusco-Italiques*, Louvain, 1963, pp. 203 ss. Por su parte, A. COPPOLA, *Archaiologia e propaganda*, p. 102, supone una intermediación siracusana amparándose en que Dionisio I era aliado de Esparta. Cf. *supra*, cap. I, n. 170.

<sup>13</sup> Isid., *Etym.*, 9.2.85. Tampoco hay razón de peso para leer esta tradición en clave siracusana, como sugiere A. COPPOLA, *Archaiologia e propaganda*, p. 103.

<sup>14</sup> Dion., 1.20.5; 21.1. Cf. D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 297 ss., 351 ss.; G. CAMPOREALE, «L'ethnos dei Falisci secondo gli scrittori antichi», *ArCI*, 43, 1991, p. 214.

En efecto, el relato de Dionisio es bastante ambiguo en la referencia a las ciudades etruscas que habrían tenido un poblamiento sículo, y además sorprende la disparidad geográfica, pues junto a unas situadas en la Etruria meridional, Caere y Alsium, figuran Saturnia y Pisa. Según señala D. Briquel, en la representación de Dionisio sobre la ocupación de Etruria por los pelasgos se puede suponer una cierta distinción geográfica, de manera que si en la región meridional una presencia sícula es factible por su proximidad al Lacio, condición que habría que extender al territorio falisco, no se impone la misma idea en las otras áreas, donde todo mira hacia los umbros como población primitiva atacada por los pelasgos<sup>15</sup>. Respecto a las etruscas Caere y Alsium y las faliscas Falerii y Fescennium, la idea de un originario carácter sículo es admisible en la perspectiva de Dionisio, pues existiendo en estas ciudades tradiciones propias sobre un origen pelásgico, por coherencia narrativa al seguir el mismo esquema que aplica en el Lacio, este historiador se ve obligado a suponer una previa presencia de sículos. Pero esta interpretación no es válida para Saturnia y Pisa, ciudades carentes de tradiciones pelásgicas, de manera que si verdaderamente Dionisio les atribuía un poblamiento sículo, la explicación debe seguir otras vías. Sobre la primera de ellas, Briquel ofrece una explicación bastante satisfactoria: el carácter sículo de Saturnia le es sugerido a Dionisio por el propio nombre de la ciudad<sup>16</sup>. Italia, y más propiamente el Lacio, era llamada *Saturnia tellus* y en el oráculo de Dodona que justifica la llegada de los pelasgos a Italia, como veremos en el próximo capítulo, se habla de «la tierra de Saturno de los sículos», pues este dios aparece muy vinculado a las vicisitudes de los pelasgos en su migración itálica. Más difícil se presenta el caso de Pisa, situada en el extremo septentrional de Etruria, limítrofe con la Liguria. La solución quizá pueda venir a través de los ligures, a quienes ya Licofrón consideraba como la población primitiva del lugar expulsada por los héroes Tarchon y Tirreno, venidos de Lidia<sup>17</sup>. Pero como hemos visto con anterioridad, y sobre lo cual se insistirá más adelante, los ligures y los sículos aparecen muy unidos en la Italia septentrional, aunque ciertamente más en relación al Adriático. Parece que estamos entonces ante

---

<sup>15</sup> D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 300 ss.

<sup>16</sup> D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 314 ss.

<sup>17</sup> Lyc., *Alex.*, 1355 ss. Cf. A. COPPOLA, *Archaiologhía e propaganda*, pp. 137 ss. También Dionisio, 1.40.3, hablando sobre la presencia de Hércules en Roma, hace una enigmática alusión a los ligures como habitantes de Etruria.

una interpretación reciente de esta identificación sículos=ligures, de manera que habrían sido los segundos quienes atrajeron a los primeros, según un mecanismo que se repite en el Lacio en versiones del siglo I a.C., casi contemporáneas a Dionisio, sólo que en esta última región el proceso es a la inversa.

Dionisio es el único que habla de los sículos en Etruria, concediéndoles las mismas características con las que figuran en el Lacio. Sin embargo, en el autor bizantino Lido aparece una alusión a los etruscos como antiguos sicanos<sup>18</sup>. Teniendo en cuenta que los étnicos sículo/sicano son frecuentemente intercambiables, como sucede asimismo en el Lacio, en principio se podría ver aquí la confirmación de una Etruria sícula en la línea expuesta por Dionisio. Pero realmente no es así, según ha demostrado D. Briquel<sup>19</sup>. La identificación de los etruscos como sicanos pretende remarcar la idea de la autoctonía como un aspecto positivo, utilizando no a los umbros, de acuerdo con la versión más extendida sobre la evolución del poblamiento en Etruria, sino un elemento perteneciente a la tradición latina, con lo cual etruscos y romanos son presentados en estrecha proximidad. En definitiva, y considerando conjuntamente las versiones de Dionisio y de Lido, se tiene la impresión de que la presencia sícula en Etruria no es sino consecuencia de la aceptación general sobre un antiquísimo poblamiento sículo en el Lacio, desde donde se habría extendido a las regiones vecinas. Pero, ¿cuándo surge esta relación entre los sículos y el Lacio?

La más antigua referencia conocida que vincula a Roma con el universo sículo se encuentra en un fragmento de Antíoco de Siracusa de no fácil explicación. Sus palabras son estas: «Cuando Italo se hizo viejo, Morges subió al trono. Durante su reinado llegó un hombre desterrado de Roma; su nombre era Sicelo»<sup>20</sup>. Al transmitir la noticia, Dionisio de Halicarnaso se siente un tanto desconcertado, ya que implica la existencia de una Roma anterior a la llegada de los troyanos al Lacio, pero tampoco encuentra en Antíoco otros datos que le permitan explicar tan extraña situación, pues duda entre la Roma de todos conocida u otra ciudad con el

<sup>18</sup> Lyd., *Mens.*, 1.37.

<sup>19</sup> D. BRIQUEL, «Une présentation originale de l'autochtonie des Étrusques: la version de Jean le Lydien», en *Atti II Congresso Internazionale Etrusco*, Roma, 1989, vol. I, 199-204; IDEM, *L'origine lydienne des Étrusques*, pp. 491 ss.

<sup>20</sup> Antíoco, *FGH 555F6* (= Dion., 1.73.4): Ἐπεὶ δὲ Ἴταλὸς κατεγήρα, Μόργης ἐβασίλευσεν. Ἐπὶ τούτου δὲ ἀνήρ ἀφίκετο ἐκ Ῥώμης φυγὰς. Σίκελος ὄνομα αὐτῷ.

mismo nombre pero situada en diferente región<sup>21</sup>. Pero parece evidente que la primera suposición es la válida, por lo que el epónimo de los sículos, Sicelo, procedía de Roma. Este dato ha propiciado de manera generalizada localizar la tradición sobre la presencia sícula en el Lacio ya en el siglo V a.C., de forma que Antíoco habría servido de base para el desarrollo de todas las versiones posteriores. Pero tal interpretación suscita, según creo, dificultades muy serias, pues caso de ser aceptada, este fragmento entraría en colisión con otro en el que el historiador siracusano expone el origen de los sículos, aplicando un mecanismo que se apoya en la eponimia. Según dice, los primeros habitantes de Italia fueron los enotrios, quienes a partir del reinado de Italo pasaron a llamarse ítalos y a continuación morgetes en honor de Morges y cuando Sicelo fue recibido por este último, el reino se dividió, terminando con las siguientes palabras: «así, los que eran enotrios llegaron a ser sículos, morgetes e ítalos»<sup>22</sup>. El pasaje puede interpretarse de varias maneras, porque o bien Antíoco se refería a sucesivas particiones del reino original de Italo, dando lugar a diversos pueblos que reconocen en estos héroes a sus respectivos epónimos<sup>23</sup>, o también es posible suponer que la reconstrucción de Antíoco pretende reducir a una unidad originaria la diversidad de pueblos, de forma que se trata de uno solo que cambia sucesivamente de nombre<sup>24</sup>. Pero en uno como en otro caso, la conclusión es la misma a los fines que ahora

<sup>21</sup> Dion., 1.73.5. Sobre la discusión en torno a la cronología mítica en que se sitúa este dato, puede consultarse M. LOMBARDO, «Italo in Aristotele e Antiocho», pp. 271 ss.

<sup>22</sup> Antíoco, *FGH* 555F2 (= Dion., 1.12.3): «Ἀντίοχος Ξενοφάνεος τάδε συνέγραψε περὶ Ἰταλίας, ἐκ τῶν ἀρχαίων λόγων τὰ πιστότατα καὶ σαφέστατα. Τὴν γῆν ταύτην, ἣτις νῦν Ἰταλία καλεῖται, τὸ παλαιὸν εἶχον Οἰνωτροί.» Ἔπειτα διεξελθὼν, ὃν τρόπον ἐπολιτεύοντο καὶ ὡς βασιλεὺς ἐν αὐτοῖς Ἰταλὸς ἀνά χρόνον ἐγένετο, ἀφ' οὗ μετωνομάσθησαν Ἰταλοὶ, τούτου δὲ τὴν ἀρχὴν Μόργης διεδέξατο, ἀφ' οὗ Μόργητες ἐκλήθησαν· καὶ ὡς Σικελὸς ἐπιξενωθεὶς Μόργητι, ἰδίαν πράττων ἀρχὴν διέστησε τὸ ἔθνος, ἐπιφέρει ταυτί· «Οὕτω δὲ Σικελοὶ καὶ Μόργητες ἐγένοντο καὶ Ἰταλίητες, ἐόντες Οἰνωτροί.»

<sup>23</sup> G. HUXLEY, «Antiochos on Italos», en *Φιλίας χάριν. Miscellanea E. Mani*, Roma, 1979, vol. IV, pp. 1201 ss.

<sup>24</sup> F. PRONTERA, «Antiocho di Siracusa e la preistoria dell'idea etnico-geografica dell'Italia», *GeogAnt*, 1, 1992, p. 118; IDEM, «L'Italia nell'ecumene dei Greci», *GeogAnt*, 7, 1998, p. 9. Cf. D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 597, según el cual «Antiochos est victime de la présentation généalogique des peuples, à travers leurs éponymes. Cette méthode... ordonne dans le temps des faits ethniques contemporaines».

interesan, a saber que en la visión de Antíoco, los sículos nunca habitaron en el Lacio, pues su definición como pueblo tiene lugar en el sur de la península, surgen de la cepa de los enotrios. Su único vínculo con Roma se encuentra en que esta ciudad actúa como punto de procedencia de su epónimo, Sicelo, quien emigró por razones políticas. En momento alguno se especifica que éste, en su exilio, arrastrase consigo una masa de individuos que, conforme a la idea más común de la etnogénesis, pasaran a denominarse colectivamente a partir del nombre de su guía<sup>25</sup>. Además, la perplejidad que denota Dionisio, quien sin duda maneja directamente la obra de Antíoco, parece indicar que para el historiador siracusano Roma no llamaba extraordinariamente la atención, sino que tan sólo le interesa de manera tangencial. En síntesis, y a partir de los datos disponibles, no es posible afirmar que en el siglo V el solar originario de los sículos fuese situado en el Lacio<sup>26</sup>.

La mención de Roma constituye por sí misma motivo de sorpresa, pues la capital latina apenas había tenido entrada en las tradiciones legendarias griegas: de hecho, las dos únicas referencias a Roma conocidas en la historiografía griega del siglo V son esta noticia de Antíoco y la versión de Helánico acerca de su fundación por parte de Eneas<sup>27</sup>. Ante tan exiguos datos, toda explicación a esta tenue presencia de Roma en el relato de Antíoco debe estar marcada por la prudencia. Así, según F. Prontera, siendo ésta la única aportación externa al mundo griego sobre la prehistoria de los enotrios-italos, y teniendo en cuenta la curiosidad lingüística de Antíoco, quizá sea el reflejo de «la consapovolezza di una qualche afinità fra lingua latina e la lingua dei Siculi»<sup>28</sup>. Excesivamente especulativa resulta, en mi opinión, la interpretación de E. Manni, quien sitúa la formación de esta leyenda en los momentos finales del siglo VI o primeros decenios del siguiente, producto de un intento de los griegos de Occi-

<sup>25</sup> Cf. R. SAMMARTANO, *Origines gentium Siciliae*, pp. 173 ss.

<sup>26</sup> J. BAYET, «Les origines de l'arcadisme romain», *MEFR*, 38, 1920, p. 90, admitía que entre los griegos del sur de Italia ya existía en el siglo V la idea de un Lacio habitado por los sículos. Véase asimismo D. BRIQUEL, «Le regard des Grecs sur l'Italie indigène», en *Crise et transformation des sociétés archaïques de l'Italie antique*, Roma, 1990, p. 169; G. RADKE, «Sikelos. Ein Flüchtling aus Rom», *GB*, 18, 1992, p. 24.

<sup>27</sup> Helánico, *FGH*, 4F84 (= Dion., 1.72.2). Cf. *supra* cap. I, n. 78.

<sup>28</sup> F. PRONTERA, «Antiocho di Siracusa e la preistoria dell'idea etnico-geografica dell'Italia», p. 133.

dente, y especialmente de Siracusa, por atraerse la alianza de Roma, la ciudad más importante del Lacio<sup>29</sup>. Pero situados en este plano, más atractiva es la opinión de G. Vanotti, según la cual frente al intento de la propaganda ateniense por englobar a Roma en su órbita, como se aprecia en el mencionado fragmento de Helánico, Antíoco pretende la versión contraria, esto es vincular Roma a Sicilia haciendo de su epónimo un romano<sup>30</sup>. Sin embargo, no creo que estas explicaciones aclaren el significado del problema.

Tal como está expuesta, la referencia a Roma implica la existencia en la ciudad de conflictos sociales o políticos que justifican el exilio que sufre Sicelo, quien en consecuencia es presentado como una víctima del gobierno romano y en definitiva de la propia ciudad, de la cual se desvincula por completo. Quizá se encuentre aquí el motivo a la falta de interés demostrada por Antíoco hacia Roma, sobre la cual apenas daba detalles a juzgar por el comentario de Dionisio. Una situación marcada por la inestabilidad social y los enfrentamientos políticos se ajusta perfectamente a la Roma del siglo V, afectada por una profunda crisis interna, con el conflicto patricio-plebeyo en primera plana, reflejo en última instancia de las contradicciones propias de la ciudad arcaica. En este contexto el exilio no era un hecho excepcional: desde el monarca depuesto, Tarquinio el Soberbio, pasando por individuos de la nobleza como Coriolano y K. Quinctio, hasta los no escasos *nexi* que optaron por abandonar su patria antes que caer en estado de servidumbre, la figura del desterrado romano no debía ser por completo extraña en otras regiones de la península, incluidas las griegas (en Cumas acabó sus días el último Tarquinio). Un panorama político de estas características significa en sí mismo una visión negativa de Roma, que incluso se incrementa si una de sus víctimas es un héroe, como el caso de Sicelo. La alusión a Roma que se lee en Antíoco no es por tanto favorable a esta última, sino que más bien al contrario no persigue otro objetivo que desprestigiarla. Pero tampoco hay razones para pensar en una aversión específica de Antíoco hacia Roma, sino que tal postura debe responder a la idea, profundamente anclada en la mentalidad griega, de Roma como ciu-

<sup>29</sup> E. MANNI, «La fondazione di Roma secondo Antioco, Alcimo e Callia», *Kokalos*, 9, 1963, pp. 254 ss. Además este autor concede a Antíoco una cronología quizá un poco elevada, pues el historiador siracusano debió ser contemporáneo de Helánico y ligeramente anterior a Tucídides: F. JACOBY, *FGH Kommentar IIIb*, p. 486.

<sup>30</sup> G. VANOTTI, «L'*archaiologia* siracusana di Filisto», pp. 124 ss.

dad etrusca y por tanto enemiga de Siracusa. En este sentido sí puede hablarse de un paralelo entre Antíoco y Helánico, pues ambos partirían de un mismo punto, la oposición etrusco-siracusana en la cual Roma se ve involuntariamente afectada, pero con reacciones diferentes en función de perspectivas asimismo distintas, favorable en Helánico, contraria en Antíoco. En este sentido, no se puede sino suscribir la interpretación de R. Sammartano, según la cual Antíoco pretendía negar a Roma un origen troyano, al ser ciudad anterior a la llegada de Eneas, y con ello «svincolare la città laziale dalle tradizione propagandistiche ordite dagli Ateniesi»<sup>31</sup>, pero sin que esto implique atraerla hacia el campo siracusano.

Un indicio de antiguas conexiones mítico-históricas del Lacio con los sículos se ha querido ver en el *cognomen* de la *gens Cloelia* que ya figura en el cónsul del año 498 a.C., Q. Clelio Sículo<sup>32</sup>. Invocando el anterior fragmento de Antíoco y el presunto origen troyano de los Clelios<sup>33</sup>, se estaría ante un caso precoz de simbiosis entre la condición de Enéada y de sículo, situación por tanto similar al Lanoios mencionado por Fabio Pictor, del cual trataremos inmediatamente. Pero esta interpretación es un tanto aventurada. Ciertamente la explicación del *cognomen* Sículo es compleja en una fecha tan antigua, pues no se entiende como referencia a un étnico—tan comunes en los inicios de la República— y tampoco *ex virtute*<sup>34</sup>. Se ha intentado ver en él una derivación de *Sicani*, topónimo presente en la lista de los *XXX populi Albenses* mencionada por Plinio<sup>35</sup>, pero no resulta una interpretación muy convincente. En conclusión, no se puede explicar satisfactoriamente el origen de este *cognomen* a partir de los datos conocidos<sup>35a</sup>, pero tampoco parece pertinente abogar por su relación con una presencia sícula en el Lacio. La versión más antigua y fiable sobre el origen de la *gens Cloelia* es sin duda alguna la albana, que la englobaba en aquel

<sup>31</sup> R. SAMMARTANO, *Origines gentium Siciliae*, pp. 173 ss. (cita en, p. 175).

<sup>32</sup> F. ZEVI, «Il mito di Enea nella documentazione archeologica: nuove considerazioni», en *L'epos greco in Occidente*, Taranto, 1989, pp. 263 ss.

<sup>33</sup> Paul. Fest., 48L: *Cloelia familia a Clonio, Aeneae comite, est appellata*.

<sup>34</sup> Cf. C. AMPOLO, «I gruppi etnici in Roma arcaica: posizione del problema e fonti», en *Gli Etruschi e Roma*, Roma, 1981, p. 59.

<sup>35</sup> Plin., *Nat. Hist.*, 3.69. Véanse K. BELOCH, *Römische Geschichte*, Berlin, 1926, p. 50; R. E. A. PALMER, *The Archaic Community of the Romans*, Cambridge, 1970, p. 134.

<sup>35a</sup> Con mejor sentido, J.-C. RICHARD, *Les origines de la plèbe romaine*, París, 1978, p. 508, aboga por una relación con Sicilia en función del aprovisionamiento de trigo.

grupo de familias trasladadas a Roma e incluidas en el patriciado tras la destrucción de su ciudad por Tulo Hostilio<sup>36</sup>. La tradición sobre su origen troyano es tardía, fruto de las especulaciones genealógicas de Varrón y de los círculos eruditos contemporáneos<sup>37</sup>.

## 2. LAS TRADICIONES SÍCULAS EN EL LACIO Y EN ROMA

A partir de los testimonios conocidos, en realidad no hay razones de peso para situar la presencia sícula en el Lacio previamente a la segunda mitad del siglo III a.C., una vez que se produjo la integración de Sicilia en el sistema político-administrativo romano. De la misma manera que luego sucederá con otras regiones de cultura helénica sucesivamente incorporadas al dominio de Roma, también en Sicilia se despierta un interés en parte de la población por relacionarse más estrechamente con sus nuevos señores, utilizando para ello tradiciones legendarias sobre sus respectivos orígenes. Los sículos se prestaban perfectamente a este papel, siendo por tanto utilizados como vehículo de helenización, como medio para vincular a los latinos —y por tanto también a Roma— con el mundo griego a través de Sicilia. Y así, vemos cómo los sículos circulan en un doble sentido, bien desde Sicilia hacia el Lacio, donde diversas tradiciones sitúan a personajes sículos como fundadores de ciudades, o bien a la inversa, admitiendo una migración de este pueblo desde el Lacio hacia Sicilia, con lo cual se crea una *syngheneia*, un origen común que sirve para reforzar los lazos entre romanos y sicilianos.

La primera noticia conocida sobre fundadores de origen siciliano en el Lacio se encuentra en un fragmento atribuido a Fabio Pictor. Se trata de un inscripción procedente del antiguo gimnasio de la ciudad de Tauromenion y fechada en el siglo II a.C., la cual contiene una síntesis extrema de

<sup>36</sup> Liv., 1.30.2; Dion., 3.29.7. Recuérdese al dirigente de Alba llamado Cluilio (Liv., 1.22.4; Dion., 3.2.1) o las *fossae Cluiliae* (Paul. Fest., 48L: *Cloeliae fossae a Cloelio, duce Albanorum, dictae*; Liv., 1.23.3; Dion., 3.6.1; 8.22.1, 36.3; Plut., *Cor.*, 30.1).

<sup>37</sup> Cf. P. TOOHEY, «Politics, Prejudice, and Trojan Genealogies: Varro, Hyginus, and Horace», *Arethusa*, 17, 1984, 5-28.

<sup>38</sup> Fabio Pictor, fr. 1 Ch. Sobre esta inscripción pueden verse los trabajos de G. MANGANARO, «Una biblioteca storica nel ginnasio di Tauromenion e il P. Oxyr. 1241», *PdP*, 29, 1974, pp. 395 ss., y el incluido en A. ALFÖLDI, *Römische Frühgeschichte*, Heidelberg, 1976, pp. 87 ss.

la obra del historiador romano, cuyo nombre encabeza el texto<sup>38</sup>. En la inscripción se menciona a un tal Lanoios, quien en compañía de sus aliados Eneas y Ascanio se desplazó a Italia. Es evidente que en esta breve alusión se hace referencia a los viajes de Eneas, a su breve estancia en Sicilia y posterior asentamiento en el Lacio, etapa en la cual le acompañó Lanoios. Este personaje figura asimismo en otra inscripción siciliana, más reciente, relativa a la *syngheneia* entre las ciudades de Centuripe, en Sicilia, y Lanuvium, en el Lacio, ciudad esta última de la que Lanoios era epónimo y fundador<sup>39</sup>. A partir sobre todo de la interpretación de G. Mangano, se observa una tendencia a ver en Lanoios la forma helenizada de un supuesto Lanuvius, un troyano contemporáneo de Eneas cuya creación como fundador de Lanuvium sería reflejo de una privilegiada relación de esta ciudad latina con Roma tras la incorporación del Lacio en el año 338; posteriormente, en el transcurso de las guerras púnicas y al amparo de las alianzas trenzadas por Roma en Sicilia, el héroe habría sido capturado por Centuripe y provisto de un origen siciliano<sup>40</sup>. Sin embargo, no se ve claramente cómo se produjo este extraño viaje de ida y vuelta.

Ante todo, es fácilmente presumible que Lanoios no hubiese tenido un papel destacado en la obra de Fabio, pues sólo es conocido por estos dos textos epigráficos, de manera que en el mejor de los casos, Fabio no hizo sino recoger una tradición siciliana que hacía de Lanuvium una fundación de este héroe. Pero también cabe la posibilidad de que se trate de un añadido griego y que Lanoios no figurase en el texto original de Fabio. En el texto de la inscripción de Tauromenion el primer lugar está reservado a Lanoios y Eneas es solamente su aliado; la relación no se propone a la inversa, de forma que el protagonismo parece descansar sobre el primero, lo cual resulta difícilmente creíble si en verdad el texto refleja el contenido de la obra de Fabio. Más bien al contrario, todo parece indicar que la mención de este personaje responde sobre todo al deseo de los sicilianos por hacer públicos sus vínculos con Roma, pues esta versión entra en colisión con aquella otra que señalaba a Diomedes como el fundador de Lanu-

<sup>39</sup> G. MANGANARO, «Un Senatus consultum in greco dei Lanuvini e il rinnovo della cognatio con i Centuripini», *RAAN*, 38, 1963, 23-44.

<sup>40</sup> Véase al respecto D. BRIQUEL, «Les deux origines de Lanuvium», en *Origines gentium*, Bordeaux, 2001, pp. 302 ss. Excesivamente aventurada la cronología defendida por P. CHIARUCCI, *Lanuvium*, Roma, 1983, pp. 23 ss., al situar la aparición de la leyenda en el siglo V a.C.

vium<sup>41</sup>. Por otra parte, la consideración de Lanuvium como ὀποικίαν τῶν Κε[ντοριπίνων], según especifica la inscripción de Centuripe, parece sugerir que la tradición sobre Lanoios se originó cuando Sicilia ya estaba por completo integrada en el dominio de Roma, por tanto difícilmente antes del año *ca.* 225<sup>42</sup>. Aun así, estamos en presencia de un intento precoz por vincular a Sicilia con el Lacio, pues el nexo de unión no se establece de manera directa, sin intermediarios, sino que se utiliza la leyenda de los orígenes troyanos de Roma, algo que ya estaba por completo fijado en la mentalidad colectiva tanto romana como griega.

Otras ciudades latinas fueron asimismo objeto de las especulaciones pseudo-históricas de ambientes sicilianos, con la salvedad respecto al caso anterior que ahora se recurre abiertamente a los sículos. En este contexto se conocen algunas tradiciones fundacionales en el Lacio que se remiten a héroes sículos, ideados con una clara función eponímica. Según dos fragmentos del analista romano Casio Hémina, que vivió a mediados del siglo II a.C., las ciudades latinas de Crustumerium y Aricia fueron fundadas respectivamente por Sículo, quien la denominó así por su esposa Clytemestra, y por el sículo Arquíloco<sup>43</sup>. Una tercera tradición se refiere a Gabii, fundada por los hermanos sículos Galatio y Bión<sup>44</sup>. Respecto a esta última, se ha pensado que por la mención de Galatio, puede retrotraerse a Timeo como fuente directa de Solino<sup>45</sup>; sin embargo, a la vista de la intención etimológica y eponímica que contiene la noticia, pues tomando la primera sílaba del nombre de cada uno de los fundadores surge el de la ciudad (Ga-Bi), bien pudiera ser que Solino la tomase del propio Hémina, a quien

<sup>41</sup> App., *Bell. civ.*, 2.20.

<sup>42</sup> Véase G. MANGANARO, «Un Senatus consultum in greco dei Lanuvini», p. 39. Por su parte, A. PASQUALINI, «Diomede nel Lazio e le tradizioni leggendarie sulla fondazione di Lanuvio», *MEFRA*, 110, 1998, pp. 675 y 679, n. 91, sitúa la leyenda de Lanoios a mediados del siglo III, cuando Centuripe se entregó a los romanos en el curso de la primera guerra púnica, cronología que me parece un poco elevada.

<sup>43</sup> Hémina, fr. 3 P = fr. 3 Ch (= Serv. auct., *Aen.*, 7.631): *Cassius Hemina tradidit Siculum quendam nomine uxoris suae Clytemestrae condidisse Clytemestrum, mox corrupto nomine Crustumerium dictum*. Hémina, fr. 2 P = fr. 2 Ch (= Solin., 2.10): *Ariciam ab Archilocho Siculo, unde et nomen, ut Heminae placet, tractum*.

<sup>44</sup> Solin., 2.10.

<sup>45</sup> TH. KÖVES-ZULAUF, «Die Eroberung von Gabii und die literarische Moral der römische Annalistik», *WJA*, 15, 1987, pp. 131 ss.

remite poco después a propósito de Aricia<sup>46</sup>. La referencia a Galatio ha llevado también a ver una alusión directa a los galos, de manera que esta leyenda no estaría al margen de implicaciones siracusanas, según las coordenadas, ya analizadas en páginas anteriores, acerca de las tradiciones hiperbóreas relativas a los orígenes latinos y romanos: en otras palabras, la leyenda se remitiría a los intereses defendidos por Siracusa en el siglo IV<sup>47</sup>. Pero la noticia tiene un carácter tan artificioso, comenzando como hemos visto por el nombre de los fundadores, que invita a considerarla una creación reciente. El papel fundacional de dos hermanos parece una réplica a la pareja formada por Rómulo y Remo, cuya educación habría transcurrido en Gabii de acuerdo con algunas versiones secundarias, que en ningún momento pueden ser anteriores al siglo II a.C.<sup>48</sup> Galatio es sin duda una forma masculina de Galatea, quien en efecto fue ampliamente utilizada por la propaganda de Siracusa en sus relaciones con los celtas y otros pueblos del norte. Pero esto no implica que cada vez que se intuya o constate su presencia, debamos reconocer una influencia de la Siracusa de Dionisio. Galatea tiene su propia personalidad y en cierto sentido ya en época arcaica representaba una imagen de Sicilia, por lo cual podía ser invocada con finalidades muy diversas y en épocas asimismo diferentes.

La relación de ciudades latinas que supuestamente tenían un origen sículo se incrementa con la lista que proporciona Dionisio de Halicarnaso, aunque en este caso las circunstancias no son las mismas que en los ejemplos anteriores. Cuando narra el proceso de conquista del Lacio por parte de los aborígenes, Dionisio menciona a Antemnae, Caenina, Ficulea, Tellenae y Tibur como lugares de donde los sículos fueron desalojados<sup>49</sup>. Posiblemente no pueda hablarse en relación a estos centros de antiguas funda-

---

<sup>46</sup> Cf. M. CHASSIGNET, «Étiologie, étymologie et éponymie chez Cassius Hemina: mécanismes et fonction», *LEC*, 66, 1998, 321-335, quien destaca la especial preocupación de Hémina hacia la etimología y la eponimia.

<sup>47</sup> M. SORDI, «I rapporti fra Roma e Tibur nel IV sec. a.C.», *AttiSocTib*, 38, 1965, 3-10 (= *Scritti di storia romana*, Milano, 2002, 171-175); A. COPPOLA, *Archaologia e propaganda*, pp. 101 ss., quien también parece localizar en el mismo ambiente las dos tradiciones anteriores.

<sup>48</sup> Dion., 1.84.5; Plut., *Rom.*, 6.1-2; *OGR*, 21.3 (quien cita como fuente a Valerio Antias). Véase *infra*, cap. IV.2.

<sup>49</sup> Dionisio, 10.16.5; 2.35.7. En otros momentos (1.9.1; 2.1.1) Dionisio se refiere también al sitio de Roma como ocupado originariamente por los sículos.

ciones creadas por héroes desplazados desde Sicilia, sino que se encuadra en la visión de un Lacio habitado por sículos como expresión del más antiguo substrato étnico de la región, conforme a la representación de la etnogénesis latina que se imaginaba Dionisio. Sin embargo, no puede descartarse que si no en todos los casos, si en alguno tal idea repose sobre tradiciones locales, como posiblemente fuese el de Tibur. Como prueba del antiquísimo poblamiento sículo de esta ciudad, Dionisio aduce la existencia todavía en su época de un barrio llamado Σικελικόν, topónimo que reaparece en un pasaje de Solino que se fija en las diferentes tradiciones acerca de la fundación de Tibur. Invocando la autoridad de un desconocido Sextio, dice Solino que los tres hijos del argivo Catilo, llamados Tiburto, Coras y Catilo, expulsaron a los sicanos (= sículos) *ex oppido Siciliae* y llamaron Tibur a la ciudad por el nombre del hermano mayor<sup>50</sup>. Como sugiere D. Briquel, «on entrevoit certes la référence à des réalités locales, qui ne font pas l'appel à des notions grecques»<sup>51</sup>, y en efecto el relato evoca una región tiburtina poblada por bárbaros sículos y helenizada por héroes de procedencia argiva, quienes sin embargo utilizan un mecanismo, como el *ver sacrum*, de carácter itálico. Se trata en definitiva de una versión paralela a la que de forma general, y en particular referida también a Tibur, defendían Varrón y Dionisio sobre el Lacio primitivo, con la diferencia de que en una son los aborígenes y en otra la *Argiva iuventus* los autores de la expulsión de los sículos.

Junto a estas tradiciones acuñadas con objetivos particulares, vincular ciudades latinas concretas con Sicilia, no faltan otras de carácter más general, que afectan a la región en su conjunto, para lo cual se recurre a la figura de Italo, muy arraigada en el patrimonio mítico-histórico de los ambientes griegos del sur de Italia y de Sicilia. En su comentario a Virgilio, el gramático Servio hace alusión a una leyenda protagonizada por el rey de los sículos Italo, quien desde Sicilia llegó al Lacio durante el reinado de Turno, se asentó en la región laurentina y a partir de su nombre se

<sup>50</sup> Solin., 2.8: *sicut Sextius, ab Argiua iuuentute, Catillus enim Amphiarai filius post prodigialem apud Thebas interitum Oeclei aui iussi cum omni fetu uer sacrum missus tres liberos in Italia procreauit, Tiburtum, Coram, Catillum, qui, depulsis ex oppido Siciliae ueteribus Sicanis a nomine Tiburte fratris natu maximi urbem uocauerunt*. La tradición sobre el origen argivo de Tibur era la más extendida, siendo mencionada además por Verg., *Aen.*, 7.670 ss.; Hor., *Carm.*, 2.6.5; Porph., *In Hor. Carm.*, 1.7.13; 2.6.5; Serv., *Aen.*, 7.670.

<sup>51</sup> D. BRIQUEL, «La légende de fondation de Tibur», *ACD*, 33, 1997, p. 66.

denominó toda Italia<sup>52</sup>. Es evidente que se trata de una tradición reciente, que utiliza a un personaje muy antiguo pero adaptándolo a unas coordenadas romano-latinas. Italo es presentado abiertamente como una réplica de Eneas: procedente de Sicilia, desembarca en un Lacio dominado por Turno y emplaza su capital en Lavinium. Su autor tiene que ser un siciliano que conoce la versión romana sobre Eneas, por tanto posterior a Catón, el primero conocido que otorga a Turno cierta cualidad de protagonismo. De esta forma no sólo pretende establecer una comunidad de origen entre Sicilia y los latinos, vinculando a estos últimos al universo mítico greco-occidental, sino también reconocer el predominio de Roma al concebir una Italia que tiene su origen en el Lacio, al contrario de la idea asentada desde antiguo según la cual el concepto de Italia se va extendiendo progresivamente desde el sur hacia el norte<sup>53</sup>. Quizá el mismo Virgilio se hizo eco de estas tradiciones al incluir la estatua de Italo —siendo ésta la única vez que su nombre aparece en la obra virgiliana— en el conjunto de aquellas que adornaban el *atrium* del palacio de Pico y que representaban a los primitivos reyes del Lacio<sup>54</sup>.

La figura de Italo aparece asimismo en otras tradiciones que afectan directamente a Roma. Así, entre las diferentes versiones de cuño griego que circulaban acerca de la fundación de la ciudad, alude Dionisio a unos anónimos autores «que dicen que Roma fue fundada por Rhomos, hijo de Italo y de Leucaria, hija de Latino», mientras que en palabras de Plutarco, «otros dicen que Rhome, quien dio nombre a la ciudad, era hija de Italo y de Leucaria y se casó con Eneas»<sup>55</sup>. A primera vista se tiene la impresión de estar ante dos versiones surgidas de una misma matriz, en la que Italo y Leucaria son presentados como progenitores bien del fundador, bien de la heroína epónima. La figura de Leucaria ha suscitado diversas opiniones, siempre en función del topónimo que parece esconderse tras su nombre. La más improbable es la que defendió hace tiempo B. Niese, quien veía en ella la epónima de la ciudad de Luceria, en la Apulia, convertida en colonia latina hacia el

<sup>52</sup> Serv., *Aen.*, 1.2; 1.533.

<sup>53</sup> Véase al respecto F. PRONTERA, «L'Italia nell'ecumene dei Greci», cit.

<sup>54</sup> Verg., *Aen.*, 7.178.

<sup>55</sup> Dion., 1.72.6: εἰσὶ δὲ τινες οἱ τὴν Ῥώμην ἐκτίσθαι λέγουσιν ὑπὸ Ῥώμου τοῦ Ἰταλοῦ, μητρὸς δὲ Λευκαρίας τῆς Λατίνου θυγατρὸς; Plut., *Rom.*, 2.1: Ἄλλοι δὲ Ῥώμην, Ἰταλοῦ θυγατέρα καὶ Λευκαρίας.

año 314<sup>56</sup>: la leyenda, en la que se ven envueltos personajes itálicos y latinos, sería entonces reflejo de las alianzas trenzadas por Roma con las poblaciones de la Italia meridional durante los años de las guerras samnitas<sup>57</sup>. Sin embargo, los fundamentos mítico-religiosos que en efecto reafirmaron la alianza de Roma con Luceria, destacado bastión en el conflicto con la federación samnita, se vinculan posiblemente a la leyenda troyana, cuyo símbolo más elocuente es la presencia en esta ciudad apula de un culto a Atenea Ilias, cuyo depósito votivo ofrece extremas analogías con materiales de tradición latino-romana<sup>58</sup>. Una segunda hipótesis es su identificación con la región de Lucania, amparándose en que en algunos manuscritos de Plutarco se lee *Λευκανίας* y que una entre las muchas variantes sobre Italo que presenta el interpolador a Servio le hace rey de los lucanos<sup>59</sup>. Pero no obstante esta posibilidad, el hecho de que Leucaria figure como hija de Latino y de que Eneas carezca de vínculos con Lucania, induce a ver en ella una forma helénizada de Alba, como referencia expresa a la metrópolis legendaria de los latinos<sup>60</sup>. En una de las versiones más antiguas sobre la genealogía del fundador de Roma, la del siciliano Alcimo, ya se utilizaba una personificación de Alba como madre de Rhomos<sup>61</sup>.

<sup>56</sup> La fecha de la fundación de la colonia varía según las fuentes: 326 (Vell. Pat., 1.14.4), 315 (Diod., 19.72.8), 314 (Liv., 9.26.1-5). Esta última es la más probable (cf. E. T. SALMON, *Roman Colonization under the Republic*, Ithaca, 1970, pp. 58 ss.); véase no obstante M. SORDI, *Roma e i Sanniti nel IV secolo a.C.*, Bologna, 1969, pp. 40 ss.

<sup>57</sup> B. NIESE, «Die Sagen von der Gründung Roms», *HZ*, 59, 1888, pp. 490 ss. En tiempos más cercanos se ha unido a esta interpretación D. MUSTI, «Il processo di formazione e diffusione delle tradizioni greche sui Daunii e su Diomede», en *La civiltà dei Dauni nel quadro del mondo italico*, Firenze, 1984, pp. 104 ss. (= *Strabone e la Magna Grecia*, Padova, 1994, pp. 186 ss.).

<sup>58</sup> Puede verse al respecto, con bibliografía anterior, O. DE CAZANOVE, «Itinéraires et étapes de l'avancée romaine entre Samnium, Daunie, Lucanie et Étrurie», en *Le censeur et les Samnites*, Paris, 2001, pp. 150 ss. Desde una perspectiva más general, consúltese el reciente trabajo de G. VANOTTI, «Aspetti della leggenda troiana in area apula», en *I Greci in Adriatico. 1* (Hesperia, 15), Roma, 2002, 179-185.

<sup>59</sup> Serv. auct., *Aen.*, 1.533. En apoyo de esta interpretación podría en principio invocarse aquella versión, transmitida por Tzetzes (*In Lyc. Alex.*, 702), que hace de Italo y Leutaria (= Leucaria) los progenitores de Ausón, epónimo de los ausonios. Pero evidentemente se trata de una adaptación de la tradición relativa a Roma.

<sup>60</sup> Así lo exponía ya A. SCHWEGLER, *Römische Geschichte*, Tübingen, 1853, vol. I, p. 400, n. 1, siendo actualmente la opinión más seguida.

<sup>61</sup> Alcimo, *FGH* 560F4 (= *Fest.*, 326L).

La presencia de Italo en estas tradiciones ha sido explicada por T. P. Wiseman relacionándola con el ciclo épico de Odiseo<sup>62</sup>. Se basa este autor en la genealogía de Latino y de Italo que menciona Higino a propósito de la leyenda de Telégono, al decir que el primero nació de la unión de Telémaco y Circe y el segundo de la de Penélope con el propio Telégono<sup>63</sup>. Wiseman considera que Higino deriva de la *Telegonía* de Eugamón de Cirene, lo cual es aceptable, y como eslabón de una largísima cadena, para la primera parte de su relato, pero no así en lo que se refiere a estas genealogías, pues el resumen del poema de Eugamón que conocemos por Proclo termina con tan absurdos matrimonios, sin referencia a la prole<sup>64</sup>. La presencia de Italo en una obra del siglo VI resultaría por lo demás bastante sorprendente. La figura de Italo como epónimo de Italia surge en ambientes griegos de Occidente, como hemos visto, y es en esa dirección hacia donde debe dirigirse nuestra mirada a propósito de estas tradiciones. Intentar precisar un origen concreto resulta extraordinariamente complicado, por lo que en principio tan sólo podemos aceptar, con C. Ampolo, que su creación debe vincularse a «ambienti dell'Italia meridionale o della Sicilia»<sup>65</sup>. Indudablemente se trata de un desarrollo surgido de manos griegas, ya que los protagonistas de la fundación de Roma, uno como fundador (Rhomos) y otra como epónima (Rhome), son producto de especulaciones helénicas. Pero también se observa una componente indígena definida por la presencia de Leucaria/Alba y de Latino, personajes que como tales ya figuran en antiguas tradiciones griegas. Sin embargo, hay un elemento que sugiere una fecha relativamente reciente, que no es otro que la definición de Rhome. Esta ha perdido ya su origen troyano, característica de las versiones más antiguas desde su primera aparición en el relato de Helánico, si bien conserva todavía cierto recuerdo gracias a su matrimonio con Eneas, cualidad que aparece asimismo en un fragmento de Clinias, donde sin embargo mantiene su relación con el mundo griego

<sup>62</sup> T. P. WISEMAN, *Remus. A Roman Myth*, Cambridge, 1995, pp. 49 ss. También J. BAYET, «Les origines de l'arcadisme romain», pp. 82 ss., remite a Odiseo, pero se inclina por una fecha más reciente, el siglo IV.

<sup>63</sup> Hyg., *Fab.*, 127.3.

<sup>64</sup> Procl., *Chrest.*, 2.109 Allen. Cf. A. BERNABÉ, *Fragmentos de épica griega arcaica*, Madrid, 1979, pp. 217 ss.

<sup>65</sup> C. AMPOLO, en *Plutarco. Le vite di Teseo e di Romolo*, Milano, 1988, p. 267.

al integrarla en el ciclo de Odiseo<sup>66</sup>. En la versión que ahora nos ocupa, Rhome es un personaje por completo itálico, sin vínculo genealógico con el universo mítico griego, lo que nos lleva a una época que difícilmente puede ser anterior a finales del siglo III o comienzos del siguiente<sup>67</sup>. Esta fecha se adapta también a Italo, cuya presencia sólo puede explicarse por su relación con los sículos.

Conforme avanza el siglo II a.C., la idea de un Lacio sículo está cada vez más afianzada, hasta el punto de introducirse en las tradiciones locales. En un oráculo elaborado en los ambientes sacerdotales de Dodona —y del que nos ocuparemos en el siguiente capítulo— fechado probablemente en la segunda mitad del siglo II y en el cual se justificaba la llegada de los pelasgos a Italia, el Lacio es caracterizado como tierra de los sículos. Pero como ha demostrado D. Briquel, se trata de un Lacio entendido desde la perspectiva romana, pues los elementos religiosos a los que alude el oráculo conciernen exclusivamente a Roma<sup>68</sup>. Y en efecto, los propios círculos historiográficos romanos acabaron por aceptar una componente sícula en su más remoto pasado, aunque adaptándola a sus intereses, lo que implicaba una sustancial modificación de su significado originario. Para la historiografía oficial romana, los sículos no representan un pueblo extranjero, de carácter helénico, que se establece en el Lacio con un fin colonizador, de acuerdo con todas esas tradiciones que acabamos de ver. Más bien al contrario, los sículos pasan a tener su origen en Roma, de donde partieron para colonizar otras regiones.

Esta nueva visión aparece perfectamente expresada en una breve cita de Varrón, que alude a los *Annales veteres nostri*, donde se afirma que los sículos eran originarios de Roma<sup>69</sup>. La mención de estos antiguos anales es sin duda una referencia a la tradición analística desarrollada por los

---

<sup>66</sup> Clinias, *FGH* 819F1 (= Serv. auct., *Aen.*, 1.273): *Clinias refert Telemachi filiam, Romem nomine, Aeneae nuptam fuisse, ex cuius uocabulo Romam appellatam*. Este Clinias es prácticamente desconocido, pero no debe identificarse a Calias de Siracusa (E. J. BICKERMAN, «Origines gentium», *CPh*, 47, 1952, p. 79, n. 24). Se ha sugerido una cronología en el siglo III a.C.: W. A. SCHRÖDER, *M. Porcius Cato. Das erste Buch der Origines*, Meisenheim, 1971, p. 67, n. 15.

<sup>67</sup> Cf. W. A. SCHRÖDER, *M. Porcius Cato*, pp. 68 y 84.

<sup>68</sup> Dion., 1.19.3; Macr., *Sat.*, 1.7.28. Véase D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 355 ss.

<sup>69</sup> Var., *L. L.*, 5.101: *A Roma quod orti Siculi, ut Annales veteres nostri dicunt*.

pontífices, sea cual fuere el título exacto que quiera dársele<sup>70</sup>. No es mi intención entrar en una de las cuestiones más espinosas acerca de la primitiva historiografía romana, como es el contenido y evolución de los *Annales Maximi*<sup>71</sup>, pero es evidente que estos últimos incluían noticias relativas a las épocas más antiguas de Roma, cuya redacción no se separa drásticamente de los criterios que guiaron a los analistas. Lo más acertado es sin duda situar las referencias a la historia prerrepública en un momento reciente, bien cuando la publicación definitiva de los *Annales*, bien cuando todo ese material pontifical se abrió a una consulta pública, en cualquier caso no antes del pontificado de P. Mucio Escévola hacia el año 130 a.C.<sup>72</sup> La anterior alusión de Varrón expresa pues la postura «oficial» de la historiografía romana sobre la presencia sícula en el Lacio. Sin duda no debe verse aquí un corolario de aquella lejana tradición acerca de la salida de Sicelo de Roma relatada por Antíoco, que como hemos visto responde a presupuestos diferentes<sup>73</sup>. Parece en todo caso una creación tardía, quizá una reacción nacionalista frente a la idea, cada vez más extendida dentro y fuera de Italia, de una colonización mítica del Lacio a partir de Sicilia. A este respecto, no está de más recordar que la propia Roma habría recibido también un poblamiento de emigrantes sículos, según una noticia recogida por Servio<sup>74</sup>. Lo que en definitiva pretende mostrar la versión de los *Annales* es la superioridad y preminencia de Roma, considerada como metrópolis y no como colonia. Persiste naturalmente la duda si la referencia a los sículos contenida en los *Annales* formaba parte de un amplio tratamiento sobre la prehistoria mítica de Roma, o si por el contrario se trataba simplemente de una alusión incidental. La

<sup>70</sup> Así, en la última edición de los fragmentos historiográficos romanos, debida a M. CHASSIGNET, este pasaje de Varrón figura con el nº 9 en la serie de los *Annales pontificum*.

<sup>71</sup> Una actualización de las diversas tendencias puede verse en M. CHASSIGNET, *L'annalistique romaine. I*, Paris, 1996, pp. XXIII ss.

<sup>72</sup> E. GABBA, «Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica», en *Les origines de la République romaine*, Vandoeuvres, 1967, pp. 150 ss.; B. W. FRIER, *Libri Annales Pontificum Maximorum*, Roma, 1979, pp. 107 ss.; A. MOMIGLIANO, «Linee per una valutazione di Fabio Pittore», ahora en *Roma arcaica*, Firenze, 1989, p. 400.

<sup>73</sup> En sentido contrario D. BRIQUEL, *L'origine lydienne des Étrusques*, p. 497; IDEM, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, Roma, 1993, pp. 115 ss.

<sup>74</sup> Serv., *Aen.*, 3.500: *profecti Siculi ad Italiam eam tenuerunt partem ubi nunc Roma est*. Cf. Serv., *Aen.*, 2.317.

ausencia de cualquier otra noticia relativa a tan lejanísimos tiempos no permite hacerse una idea al respecto.

Hasta donde sabemos con cierta seguridad, fue Varrón quien por vez primera integró a los sículos en un cuadro coherente del Lacio primitivo. El polígrafo reatino no sólo transmite la idea de los sículos como originarios de Roma y del Lacio, sino que además la asume y la hace propia. Como veíamos en el capítulo anterior, Varrón consideraba a los sículos como los primeros pobladores del Lacio, de donde fueron expulsados por los aborígenes, arrojados a su vez por los sabinos de su solar originario en la cuenca de Reate<sup>75</sup>. Fácilmente se puede suponer que Varrón, consciente de la importancia que los sículos habían adquirido en relación al Lacio, tenía a este pueblo por autóctono, pero al que era necesario desalojar para otorgar todo el protagonismo a los aborígenes, verdadero inicio de una historia de Roma con raíces sabinas. Aunque esta reconstrucción tuvo un competente continuador en Dionisio de Halicarnaso, no era la única que circulaba en Roma.

Poco tiempo después de Varrón, el anticuario Verrio Flaco presenta un panorama similar, en el que los sículos son igualmente víctimas de la expansión de los aborígenes, quienes les expulsan del lugar donde más tarde se alzaría Roma, identificada por el término *Septimontium*<sup>76</sup>. La singularidad de esta versión se encuentra en que los sículos no están solos, sino acompañados por los ligures, hasta el punto de parecer formar un único pueblo. La mención de los ligures nos retrotrae en principio a lo ya visto con anterioridad acerca de esa supuesta descendencia ligur de los aborígenes. Pero en realidad se trata de dos tradiciones por completo independientes, sin vínculo alguno que pueda unir las. Como bien señala D. Briquel, «ce sont plutôt les Sicules qui ont attiré à Rome les Ligures, la tradition ancienne et authentique sur les premiers qui a entraîné la référence aux secondes»<sup>77</sup>. Tan singular asociación de sículos y ligures en el solar de Roma refleja sin duda la influencia de la versión, ya mencionada, de Filisto de Siracusa sobre el origen de los sículos, consecuencia de una

<sup>75</sup> Cf. F. DELLA CORTE, «L'idea della preistoria in Varrone», en *Atti Congresso Internazionale Studi Varroniani*, Rieti, 1976, vol. I, pp. 114 ss.

<sup>76</sup> Fest., 424L. Véase *supra*, cap. I.5.

<sup>77</sup> D. BRIQUEL, «Denys, témoin de traditions disparues: l'identification des Aborigènes aux Ligures», *MEFRA*, 101, 1989, p. 103.

migración de los ligures, tradición todavía viva en épocas recientes<sup>78</sup>. Aquí se ha producido una adaptación de la leyenda griega a un contexto latino, de manera que por un lado se desplaza desde el ámbito del Adriático, donde se localiza originariamente, al del Tirreno, más en consonancia con la perspectiva romana, y por otro ambos pueblos, unidos en uno, forman la base del poblamiento primitivo del Lacio: en otras palabras, los sículos de Varrón son sustituidos de forma artificial por Verrio por la asociación sículos-ligures. Pero no parece que estos últimos hayan gozado de éxito en las tradiciones míticas de Roma. Los ligures y los sículos aparecen de nuevo en el interpolador a Servio, en una serie de pueblos que sucesivamente habrían habitado en el solar de la futura Roma: sículos, ligures, sacranos y aborígenes<sup>79</sup>. Se trata de una versión muy manipulada a partir de la anterior de Verrio Flaco, estableciendo diferentes niveles cronológicos para grupos de pueblos (sículos-ligures, sacranos-aborígenes) reducibles a uno solo.

La exposición más completa sobre los sículos en el Lacio, y situada en esta misma línea reconstructiva, se encuentra en Dionisio de Halicarnaso. Según este historiador, los sículos eran un pueblo autóctono del Lacio y por tanto bárbaro, como corresponde a toda autoctonía no griega<sup>80</sup>. Pero su presencia en la región no puede ser definitiva, pues para que Roma pueda acreditar una pura esencia helénica, se hace necesario eliminarles del mapa latino y dejar el campo libre al sucesivo asentamiento de pueblos griegos, comenzando por los aborígenes. Dionisio se inspira en Varrón, de quien toma el esquema general, aunque a continuación lo transforma en aras de su propio interés. El historiador griego habla de los sículos como pobladores originarios del Lacio en general, pero también en referencia a algunas ciudades concretas. Así, en dos ocasiones menciona a Roma como solar de asentamiento sículo<sup>81</sup>; cuando

<sup>78</sup> Sil. Ital., *Pun.*, 14.37 ss.; Steph. Byz., 568M, s.v. Σικελία.

<sup>79</sup> Serv. auct., *Aen.*, 11.371: [*Siculi*] a *Liguribus pulsi*, *Ligures a Sacranis*, *Sacranis ab Aboriginibus*. Sobre esta tradición, D. BRIQUEL, «Denys, témoin de traditions disparues», pp. 101 ss., y *supra*, cap. I.5.

<sup>80</sup> Dion., 1.9.1: παλαιότατοι τῶν μνημονευομένων λέγονται κατασχεῖν βάρβαροι Σικελοί, ἔθνος αὐθιγενές; 2.1.1: οἱ δὲ κατασχόντες αὐτὴν πρῶτοι τῶν μνημονευομένων βάρβαροί τινες ἦσαν αὐτόχθονες Σικελοὶ λεγόμενοι. Véase D. BRIQUEL, *Les Tyrrhènes peuple des tours*, pp. 113 ss.

<sup>81</sup> Dion., 1.9.1; 2.1.1.

narra la entrada de los aborígenes en el Lacio, para lo que recurre al mecanismo del *ver sacrum*, cita expresamente a Antemnae, Tellenae, Ficulea y Tibur<sup>82</sup>; por último, en el relato sobre el reinado de Rómulo, alude de manera incidental al origen sículo de Caenina y de nuevo Antemnae<sup>83</sup>. Ahora bien, Dionisio se cuida mucho a la hora de definir el carácter de tales asentamientos. El hecho es especialmente claro a propósito del segundo de los casos, donde Dionisio llega a decir que los aborígenes fundaron varias ciudades, al menos dos de las cuales, Antemnae y Tibur, habían tenido un anterior poblamiento sículo. Esta actividad fundacional de los aborígenes no deja de sorprender, puesto que, como hemos visto en el capítulo anterior, Dionisio caracteriza a estos últimos como un pueblo de la montaña que habitaba en aldeas, condición por la que recibían su propio nombre. Sin embargo, el propio Dionisio, no sin cierta ambigüedad, parece curarse en salud dejando caer que fue gracias al contacto con los pelagosos como los aborígenes aprendieron a edificar ciudades<sup>84</sup>. Este cambio sustancial en el modo de vida implica un notable progreso en el nivel de civilización, que sin embargo no se explica por otras vías, de forma que da la impresión que Dionisio pretende ahondar las diferencias entre los aborígenes, de estirpe griega pero en un estadio cultural de muy bajo nivel, y los bárbaros sículos. Pero como señala E. Gabba, este dato contrasta con lo que el propio Dionisio afirma sobre los etruscos, quienes a pesar de su origen autóctono y por tanto asimismo bárbaros, fueron los primeros en fortificar sus poblamientos<sup>85</sup>. Inevitablemente esto lleva a pensar que Dionisio conocía las tradiciones sobre las fundaciones sículas en el Lacio, condición que no se adapta a su esquema de la etnogénesis y que le fuerza a ocultar y transformar el papel que generalmente se concedía a los sículos. En modo alguno estos últimos debían situarse por encima de los aborígenes. Dionisio podía haber utilizado a los sículos como una de las capas helénicas que contribuyeron a la formación del pueblo latino, pero como tenía que mantenerse fiel a las tradiciones indígenas sobre la primacía cronológica de los aborígenes y estos procedían de Grecia, necesitaba un sustrato previo de población

---

<sup>82</sup> Dion., 1.16.5.

<sup>83</sup> Dion., 2.35.7.

<sup>84</sup> Dion., 1.9.2.

<sup>85</sup> Dion., 1.26.2. Cf. E. GABBA, *Dionysius and The History of Archaic Rome*, Berkeley, 1991, p. 107.

autóctona a la que había que desalojar. Los sículos, una vez transformados por la historiografía romana en originarios del Lacio, sirvieron perfectamente a sus fines.

### 3. LOS SICANOS EN EL LACIO

Un último aspecto a considerar en relación al universo sículo es la supuesta presencia de los sicanos en el Lacio. Verdaderamente sículos y sicanos son dos pueblos históricos diferentes, que junto a los elimos definen el conjunto de la población indígena de Sicilia. Por ello, en las tradiciones legendarias relativas a la etnogénesis siciliana, ambos pueblos gozan de total independencia<sup>86</sup>. En la primera exposición conocida sobre este proceso, incluida en la llamada «*archaiologia* siciliana» de Tucídides, los sicanos ocupan, tras los legendarios cíclopes y lestrígonos, el primitivo nivel histórico de población; Tucídides recoge además las dos versiones que circulaban sobre su origen, la de la autoctonía, basada en fuentes locales y a la que el historiador ateniense concede poco crédito, y aquella otra que les hacía emigrantes de Iberia, pues habían sido expulsados por los ligures de la región del río Sicano<sup>87</sup>. La versión sobre la autoctonía de los sicanos, que aparece también en Timeo<sup>88</sup>, debe retrotraerse a Antíoco de Siracusa, uno de los nombres que sin duda se esconden entre los *νομιώτατοι τῶν συγγραφέων* aludidos por Diodoro<sup>89</sup>, pues se sabe que Antíoco iniciaba su obra con el reinado del sicano Kokalos<sup>90</sup>. Pero fue quizá la del origen hispano la que gozó de mayor aceptación, pues a la autoridad de Tucídides se une la de Helánico, de manera que inmediata-

<sup>86</sup> Sobre la cuestión, pueden verse M. J. FONTANA, *Sikanoi, Elymoi, Sikeloi? Alcune riflessioni sull'etnogenesi siciliana*, Palermo, 1984; R. SAMMARTANO, *Origines gentium Siciliae. Ellanico, Antioco, Tucidide*, cit.

<sup>87</sup> Thuc., 6.2.1-2. Véanse N. LURAGHI, «Fonti e tradizioni nell'archaiologia siciliana», en *Hesperia*, 2, Roma, 1991, 41-62; R. SAMMARTANO, *Origines gentium Siciliae*, pp. 224 ss.

<sup>88</sup> Timeo, *FGH* 566F38 (= Diod., 5.6.1).

<sup>89</sup> Diod., 5.2.4. Este historiador se inclina también por la versión de la autoctonía.

<sup>90</sup> M. J. FONTANA, *Sikanoi, Elymoi, Sikeloi?*, p. 20; T. LO MONTE, «L'origine dei Sicani alla luce delle tradizioni storiografiche e delle testimonianze archeologiche», *SicArch*, 29, 1996, p. 67; R. SAMMARTANO, *Origines gentium Siciliae*, p. 227.

mente Filisto y mucho más tarde diversos autores latinos no dudaron en hacerla propia<sup>91</sup>, influyendo, como veremos, en tradiciones relativas a Roma.

Sin embargo, cuando en las fuentes latinas los sicanos son mencionados en relación al Lacio, no parecen conservar su independencia respecto a los sículos, sino que en definitiva ambos se confunden en un único pueblo. Pero tal identificación está perfectamente justificada, ya que sicanos y sículos simbolizan individualmente a la isla donde habitaban, llamada tanto *Sikania* como *Sikelia*. Lo que para un autor griego significaba una clara diferencia, ésta se pierde desde una perspectiva latina, en la que sículos y sicanos son dos términos por completo intercambiables<sup>92</sup>.

Pero antes de nada, conviene detenerse en la lista de los *populi Albenses* transmitida por Plinio, ya que uno de ellos lleva el nombre de *Sicani*<sup>93</sup>. No es ésta ocasión de entrar a discutir sobre el exacto valor histórico del testimonio de Plinio<sup>94</sup>, pero parece que en el mismo subyace una situación muy antigua, adulterada con el paso del tiempo hasta terminar en algo casi incomprensible para nosotros. Sea cual fuere su significado, la lista de los *populi* refleja una relación de pequeñas comunidades que, en el mejor de

---

<sup>91</sup> Helánico, *FGH* 4F79b (= Dion., 1.22.2); Filisto, *FGH* 556F45 (= Diod., 5.6.1); Sil. Ital., *Pun.*, 14.33-36; Solin., 5.7; Mart. Cap., 6.646. Probablemente también Pausanias (5.25.6) se uniese a esta tendencia, siendo el único que habla del paso de los sicanos desde Italia a Sicilia (cf. G. VANOTTI, «L'*archaiologia* siciliana di Filisto», p. 130).

<sup>92</sup> Véase por ejemplo Serv., *Aen.*, 7.795: *ubi nunc Roma est, ibi fuerunt Sicani, quos postea pepulerunt Aborigines*. El comentarista a Virgilio menciona aquí a los sicanos en una situación que en otros pasajes otorga a los sículos (cf. anterior n. 74). De manera similar, en *Aen.*, 1.533, Servio introduce a un tal Sicano como epónimo de este pueblo, al que identifica con los sículos; Sicano figura además como hermano de Italo.

<sup>93</sup> Plin., *Nat. Hist.*, 3.69.

<sup>94</sup> Recientes discusiones, con perspectivas diversas y completa bibliografía, pueden encontrarse en C. AMPOLO, «L'organizzazione politica dei Latini ed il problema degli Albenses», en *Alba Longa. Mito, storia, archeologia*, Roma, 1996, 135-160; A. GRANDAZZI, «La liste plinienne des *populi* dits *Albenses*: anciennes et nouvelles hypothèses», *REL*, 73, 1999, 30-49. Mientras el primero mantiene una postura muy crítica, como se aprecia en la frase que cierra el texto (p. 149: «i *populi Albenses* vanno probabilmente relegati tra i miti della storiografia moderna»), el segundo defiende la autenticidad de la lista como documento muy antiguo.

los casos, haría referencia a un lejano pasado preurbano, que en determinada medida se puede hacer corresponder con la información arqueológica sobre el Lacio primitivo, sin que en el fondo puedan obtenerse seguras conclusiones históricas. La mayor parte de los miembros de la lista son por completo desconocidos, sin posibilidades ciertas de identificarlos con topónimos de época histórica. Entre ellos se encuentran los *Sicani*, cuya oscuridad es para nosotros idéntica a la de la gran mayoría de los restantes nombres. Por tanto, no se puede ver aquí, saliéndose de la tónica general que rige para el conjunto de la lista, una referencia a los sicanos de Sicilia. Así, admitiendo una equivalencia *Ficani/Sicani* e invocando las tradiciones sobre la presencia de los sicanos en el Lacio, algunos autores sitúan a este *populus* en el área comprendida entre Roma y el mar, donde antiguamente se alzaba Ficana<sup>95</sup>. Pero tal razonamiento es por completo inadecuado, pues Ficana es mencionada por Plinio en otra relación independiente inmediatamente antes<sup>96</sup>. En definitiva, *Sicani* se refiere aquí a una de esas primitivas comunidades laciales, para nosotros desconocida al igual que la mayor parte de la lista, y en ningún momento al homónimo pueblo de origen siciliano.

Los sicanos como población mítica del Lacio aparecen por vez primera en la obra de Virgilio, quien al contrario de las tradiciones anticuarias existentes en su época y que tienen en Varrón a su exponente más destacado, silencia por completo a los sículos. Realmente nos encontramos ante una situación no muy diferente a la ya vista sobre los aborígenes, en la que Virgilio ofrece una visión sobre el Lacio primitivo que se sale de la tendencia general pero sin romper definitivamente con ella, si bien el vínculo es muy débil. Ciertamente es que el poeta utiliza en varias ocasiones los términos *Siculus* y *Siculi*, pero siempre en relación a Sicilia, de igual manera que procede con los derivados de *Sicanus*. Pero en tres ocasiones los *Sicani* son mencionados en el Lacio: una, como parte de las tropas que acompañan a Turno, en segundo lugar como desencadenante de las guerras que ponen fin a la edad de oro y, por último, como habitantes del territorio que linda con las propiedades de Latino<sup>97</sup>. Para Virgilio, los sica-

<sup>95</sup> E. TAIS, «Un'ipotesi sul Lazio arcaico», *RCCM*, 26, 1984, p. 10; A. GRANDAZZI, «La liste plinienne des *populi* dits *Albenses*», p. 40. La lectura *Ficani* en lugar de *Sicani* fue propuesta por J. CARCOPINO, *Virgile et les origines d'Ostie*, Paris, 1919, p. 458.

<sup>96</sup> Plin., *Nat. Hist.*, 3.68.

<sup>97</sup> Verg., *Aen.*, 7.795; 8.328; 11.317.

nos representan, junto a los ausonios, un pueblo invasor, pero que no llegan a alterar la composición étnica del Lacio, dominada casi exclusivamente por los latinos.

La cuestión principal es por qué Virgilio sustituye a los sículos por los sicanos. Se ha pensado en razones de tipo poético, bien por causas métricas o incluso estéticas<sup>98</sup>, o que, retomando lo ya dicho, todo se deba a una confusión respecto a *Ficani*, es decir habrían sido estos últimos, y no los *Sicani*, quienes combatieron en el ejército de Turno<sup>99</sup>. Pero en principio es más atractiva la opinión de D. Briquel, según la cual Virgilio habría tenido en cuenta, pero sin expresarlo de manera explícita, tradiciones existentes acerca de la presencia de los sicanos en el Lacio<sup>100</sup>. Se trata del comentario de Servio al verso de Virgilio relativo a las palabras de Evandro sobre la llegada de ausonios y sicanos al Lacio, señal del inicio de las guerras<sup>101</sup>. Servio habla de los sicanos como un pueblo de origen hispano, de la región del río Sicoris, que llegaron a Italia conducidos por Sículo y expulsaron a los aborígenes; sin embargo, estos recuperaron su territorio y los sicanos tuvieron que desplazarse hacia el sur, estableciéndose finalmente en la isla llamada Sicania por ellos mismos y Sicilia por el nombre de su guía. Como vemos, esta leyenda se basa en aquella otra versión que hacía de los sicanos antiguos íberos arrojados por los ligures de su tierra. Pero además, destaca Briquel ciertas analogías con el panorama que ofrece Virgilio, como la condición de invasores de los sicanos y su escasísima incidencia en la historia del poblamiento del Lacio. Incluso podría adjuntarse un testimonio directo sobre el conocimiento de Virgilio de esta tradición. Entre los guerreros que combatieron junto a Eneas, el poeta menciona al hijo de Arcente, que acompañó al héroe troyano desde Sicilia y que se

<sup>98</sup> M. MALAVOLTA, «Sicani», en *EncVirg.*, Roma, vol. IV, 1988, pp. 832 ss.; T. LO MONTE, «L'origine dei Sicani», p. 70. Por su parte, N. HORSFALL, «The Aeneid and the Social Structures of Primitive Italy», *Athenaeum*, 68, 1990, p. 526, piensa que Virgilio «uses the name purely for effect».

<sup>99</sup> J. CARCOPINO, *Virgile et les origines d'Ostie*, pp. 462 ss.; J. BÉRARD, *La Magna Grecia*, p. 448.

<sup>100</sup> D. BRIQUEL, «Virgile et les Aborigènes», *REL*, 70, 1992, pp. 83 ss.; IDEM, *L'origine lydienne des Étrusques*, pp. 500 ss.

<sup>101</sup> Serv., *Aen.*, 8.328: *Sicani autem secundum nonnullos populi sunt Hispaniae, a fluvio Sicori dicti... hi duce Siculo venerunt ad Italiam et eam tenuerunt exclusis Aboriginibus. Mox ipsi pulsi ab illis quos ante pepulerunt insulam Italiae occupaverunt et eam Sicaniam a gentis nomine, Siciliam vero a ducis nomine dixerunt.*

adornaba con una túnica de púrpura ibérica, indicio quizá de este origen hispano de los sicanos<sup>102</sup>.

Esta interpretación no carece ciertamente de fundamento. Incluso se podría añadir en su favor otro elemento, aunque con un valor sólo indiciario. Cuando en el capítulo anterior se hablaba sobre las *Sacranae acies* que junto a los sicanos y otros más formaban el ejército de Turno en el poema de Virgilio, veíamos cómo existe un extraordinario paralelo con unos versos de Silio Itálico relativos también a diferentes componentes militares, donde de igual manera son mencionados los sicanos como aliados de los rútilos. Ahora bien, en otro pasaje, esta vez relativo a la etnogénesis siciliana, el mismo Silio expone la versión sobre el origen hispano de los sicanos<sup>103</sup>. Bien pudiera ser que del mismo modo que en los versos anteriores, Silio recogiese también aquí el sentir de Virgilio. Sin embargo, hay un aspecto, no suficientemente valorado, que incide en un sentido contrario. En las tres ocasiones en que los sicanos son mencionados por Virgilio en relación al Lacio, siempre van acompañados por los auruncos. Como se sabe, este pueblo habitaba en la región costera de Italia inmediatamente al sur del Lacio, por lo que de manera inevitable la mirada se vuelve en esa dirección cuando se ve juntos a sicanos y auruncos<sup>104</sup>. En otras palabras, la unión de estos pueblos parece señalar una procedencia meridional e itálica, no hispana. Siguiendo esta misma línea, es posible también recordar la mención de auruncos, sicanos y pelasgos como antiguas poblaciones de Italia en un pasaje de asunto filológico, que reproducen con las mismas palabras Aulo Gelio y Macrobio<sup>105</sup>. La noticia, atribuida al filósofo neosofista Favorino, maestro entre otros del propio Gelio, no tiene una finalidad etnogénica, sino que parece ser una breve lista entresacada de una relación más amplia, pero ofrece esta

<sup>102</sup> Verg., *Aen.*, 9.581 ss. Cf. F. DELLA CORTE, *La mappa dell'Eneide*, Firenze, 1987, pp. 241 ss.; L. BRACCESI, «Teucri mixtique Sicani», en *Studi sull'area elima*, Palermo, 1992, p. 130; D. BRIQUEL, *L'origine lydienne des Étrusques*, p. 503.

<sup>103</sup> Sil. Ital., *Pun.*, 14.33-36: *Post dirum Antiphatae sceptrum et Cyclopiæ regna / vomere verterunt primum nova rura Sicano: / Pyrene misit populos, qui nomen ab amne / ascitum patrio terrae imposuere vacanti.*

<sup>104</sup> Recuérdese que Helánico (*FGH* 4F79a-b) identifica sículos y ausonios: cf. R. SAMMARTANO, *Origines getium Siciliae*, pp. 86 ss.

<sup>105</sup> Gell., *Noct. At.*, 1.10.1; Mact., *Sat.*, 1.5.1: *neque Auruncorum aut Sicanorum aut Pelasgorum, qui primi coluisse in Italia dicuntur.*

pequeña singularidad de presentar conjuntamente a sicanos y auruncos como partícipes del más antiguo poblamiento de Italia. Así las cosas, cabe por tanto la posibilidad de que Virgilio utilizase el concepto de sicano, como sustitutivo de sículo, con una proyección itálica, la misma en definitiva que le lleva a situar la estatua de Italo entre las de los primitivos reyes latinos.

Otra mención de los sicanos en el Lacio figura en la ya citada tradición sobre el origen de Tibur transmitida por Solino<sup>106</sup>. En ella se narra cómo los hermanos argivos Tiburto, Cora y Catilo expulsaron a los sicanos del *oppidum Siciliae* y fundaron la ciudad. La referencia a los sicanos no debe verse, según creo, como prueba de una tradición que consideraba a estas gentes, y no a los sículos, como los habitantes primitivos del Lacio<sup>107</sup>. El mismo nombre de *oppidum Siciliae*, o Σικελικόν como figura en Dionisio de Halicarnaso, evoca directamente a los sículos como protagonistas de este antiguo poblamiento, de manera que la alusión a los sicanos obedece a otras causas. En este sentido, no puede dejar de señalarse un estrecho paralelo entre Solino y Virgilio. Este último, en referencia a Tibur y a los tres hermanos fundadores, menciona a la *Argiva iuventus*, términos que repite Solino, y unos versos después, en la relación de las tropas de Turno, habla de la *Argiva pubes* y de los *veteres Sicani*<sup>108</sup>, expresión esta última que es asimismo incorporada por Solino. Todo parece indicar que bien Solino, o bien el desconocido Sextio que éste invoca como fuente, tenía *in mente* a Virgilio<sup>109</sup>.

A modo de conclusión, puede fácilmente aceptarse que la presencia de los sicanos en el Lacio no es un fenómeno independiente. En este contexto, los sicanos no son otros que los sículos, incluso en aquella versión que parece más consistente transmitida por Servio, donde la aparente autonomía de los sicanos, colofón de antiguas tradiciones griegas, se desmorona ante el nombre de su conductor en la migración, Sículo. El punto de partida parece situarse en Virgilio, quien actúa movido por su peculiar visión del Lacio primitivo, que si por un lado se mantiene fiel a la representación propuesta en primera instancia por Catón, por otro no deja de incluir cier-

<sup>106</sup> *Supra*, n. 50.

<sup>107</sup> D. BRIQUEL, *L'origine lydienne des Étrusques*, p. 507.

<sup>108</sup> Verg., *Aen.*, 7.672, y 794 ss., respectivamente.

<sup>109</sup> Cf. D. BRIQUEL, *L'origine lydienne des Étrusques*, pp. 546 ss.; W. LEPINI, «Solino e la fondazione di Tivoli», *BStudLat*, 28, 1998, p. 469.

tas ambigüedades y elementos distorsionadores, que sin embargo no llegan a romper la unidad del conjunto. En definitiva, los sículos personalizan la única componente siciliana que participa activamente en la prehistoria mítica del Lacio.